

Páginas [305-306] : Poemas de Rabindranath Tagore copiados por Neruda en *Album Terusa 1923* (febrero 1923).

Páginas [307-313] : Textos de Neruda, inéditos, manuscritos por él mismo en *Album Terusa 1923* (febrero 1923).

Página [314] : Original de un poema de *Tentativa del Hombre Infinito*.

Páginas [315-337] : Momentos del itinerario de Neruda.

Mandame, y yo juntaré mis
 frutas en cestos repletos hasta
 tu patio, si bien algunas se
 perdieron y otras no han un
 durado todavía.

Porque la estación se vuelve so-
 focante al llegar a su pleni-
 tud, y la flauta del pastor
 se queja en la sombra.

Mandame, y saltaré mis velas
 sobre el río. El viento de
 Marzo es desplacente, y oye
 el rumor de las languidas
 olas.

El viento me ha dado todo lo que
 temía y en la hora fatigosa
 de la tarde, llega tu llama-
 miento, desde tu casa, sobre
 la costa, al ponerse el sol.

R. Tagore.

"La Cosecha"

Al despertar hallé tu carta junto con la mañana. No sé lo que dice, porque no puedo leer.

Dejare al sabio en compañía de sus libros y no le molestare, porque; quien sabe si él mismo pudiera leer lo que la carta dice!

Cuando se aquietó la noche y aparecieron, una a una, las estrellas, la extendí sobre mis falda y permanecí en silencio.

Me la leían, en alta voz, las hojas crujidoras; me la salmodiaba el presuroso río, y las siete estrellas sabias me la cantaban desde el cielo.

No puedo hallar lo que busco; no puedo comprender Todo lo que yo aprendí de mí; pero esa carta, no sé, ha aligerado de angustia mi corazón y ha transformado en canciones mis pensamientos.

R. Tagore
Cien años de su nacimiento

Aquel bote, salvavidas de un barco mercante que conducía harina de Valdivia al norte, naufragó quien sabe donde. Las olas lo botaron a esta costa y ahora reposa en el huerto de mi casa, como un animal dulce y familiar.

Como, esos recuerdos que a pesar del tiempo sostienen aún su huella inexpresable en los recodos del corazón, él conserva todavía algunas diminutas y marinas, lique res del agua profunda, esa flora verde i minúscula que decora las raíces de los barcos. Y yo creo ver aún la huella desesperada de los naufragos, de los que en latibnal angustia se agarraron a esta amarillón marinería mientras la tempestad los perseguía inmensamente.

Cuando el Sol no se ha escondido aún, trepo a este bote naufrago, abandonado entre las hierbas del viento.

Siempre llevo un libro, que nunca alcanzo a abrir. Estiendo mi capa en la bancada, y estendiendo sobre ella, miro el cielo infinitamente azul.

Viejos recuerdos, sumergidos en el agua del tiempo, me asaltan. Siempre, en sitios de soledad me acechan estos indefinibles saltadores.

Siempre en sitios de soledad, siento extranjero mi alma. Ruidos inesperados, murmullos de voces desconocidas, cantos avasallados y nuevos cantos vencedores, una música extraña e incontenible se quiebra sobre mi corazón como el viento sobre una selva.

Mujer, en esos momentos te amo
 sin amante. En tí no pienso,
 porque en nadie se detiene
 mi pensamiento. Como un pá-
 jaro ébri, como una flecha
 perdida, atraviesa sin destino,
 hasta perderse en la obscura le-
 janía.

Yo mismo no me recuerdo; como
 pudiera recordarte?

Pero tu amor descansa mas aden-
 tro y mas allá de mí mismo. Vaso
 maravillado que tra; hasta mis
 labios el vino mas dulce, vaso de
 amor. No necesito recordarte. Como
 una letra grabada profundamen-
 te, bástame hacer volar el polvo
 impalpable, para verte. No pien-
 so en tí, pero, abandonado a
 todas las fuerzas de mi corazón,
 a tí también me abandono y
 me entrego, oh amor que sostiene
 mis tumultuosos ensueños, como
 la terna del fondo del mar, so-
 tiene las desenfrenadas corrientes
 y las mareas incontenibles.

Pudo esta página quedar
 sin escribir, como muchos de
 este cuaderno tuyo quedarán.
 Porque la escribo? Nada sabría
 decir de mí ni de nadie. Es
 la hora de siempre. Mi alma,
 una raya derecha e infinita,
 sin comienzo y sin fin.

El deseo sube como una ola so-
 bre el horizonte de nuestra vida.
 Y muere como una ola. Ese es el
 drama. El corazón hecho una pla-
 nicie gris y desolada, donde se
 van formando las huellas más pro-
 fundas, el corazón donde ya no
 cabe nadie, porque quiso contener
 lo a Todos. No alcanzar, no encon-
 trar, no saciar el ansia innume-
 rable, ¿es esta pues la fuente de
 la felicidad?

Que no haya, entonces, que no haya
 nunca una corona para mi co-
 razón de adaja, que no haya
 nunca un nido para mi vida
 de pájaro viajero, y que una
 ca encuentre la flauta que nece-
 sita mi boca de pastor.

co de pes.

carta a un desconocido. - Sr. L. Vinci. Terusa.
 rena. - Sr. Masallá de sus palabras, y en
 la, partes que Ud. tal vez menos imagine, cre
 encontrarlo a Ud. De la agradezco, toda ella
 como una mano tendida hacia mí. No e
 la hora de que me apoye en ella, tal vez
 manos mías son capaces de socorrer las a
 esas, pero, como cualquier momento, pasa
 ol de la alegría y llega el de la soledad. T
 ra entonces busquémoslos. Búsqueme. Yo tengo
 el corazón abierto para todos. Y no se des
 ante luego. Soy pobre de monedas y de pa
 labras, pero desprecio igualmente las palab
 y las monedas. Ellos, lejos de nosotros se en
 tigan y nos venden, o venden una merque
 na imagen nuestra. Ahora mismo me están
 vendiendo. Porque nada deseo decir a Ud.
 y si Ud. estuviera conmigo se habría sent
 tado en ese sillón de mimbre y habría
 nos escuchado en silencio, la rodante
 voz del mar, precipitándose sin agotar
 se en el atardecer del puerto.

de Febrero—

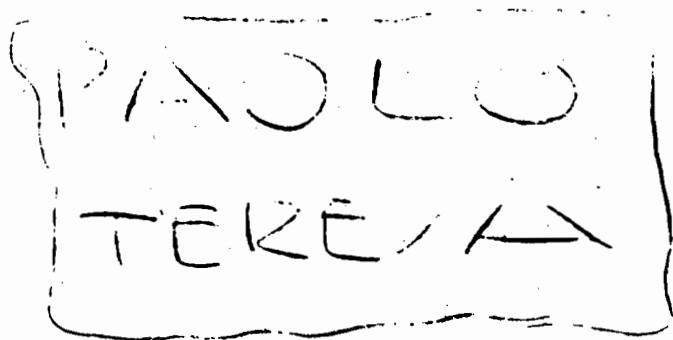
Hoy al atardecer, con la marea alta, que llenaba el río con su ola invasora y lenta, he remado hasta causame. A ratos me tendía en la bancada del Sote y fijaba, de cara al cielo inmenso. Oh que vastos, que vastamente vastos estos cielos de los puertos! La mirada se embriaga de mirar la altura y hai que bajar los ojos a las costas, causando como la paloma de volar sobre el horizonte ilimitado.

Luego, el mar. El mar este, es estruendoso y magnífico. En la playa se rompe, se quiebra, se levanta, se extiende al fin con las últimas olas que lamen las arenas luminosas. Pero adentro, en la lejanía, es puro y sereno, y se redondea como el vientre de las madres.

Hoy había un crepúsculo, como esos que los japoneses pintan en las tazas de té o en los biombos. Era un sol redondo, redondo y rojo, como una cere

za muy redonda, o mas bien como una naranja de púrpura o de oro. Amarillo, violeta, azul, qué maravillosos colores desplegaba en las olas. Sobre Todo en las moribundas, en las que besaban mis pies extranjeros, como esclavas portadoras, de los mejores frutos de su país de agua, de fuego y de oro.

Y al irme, he dejado escrito tu nombre, y mi nombre, en la arena mojada. Era un letras grande, anchos, así:



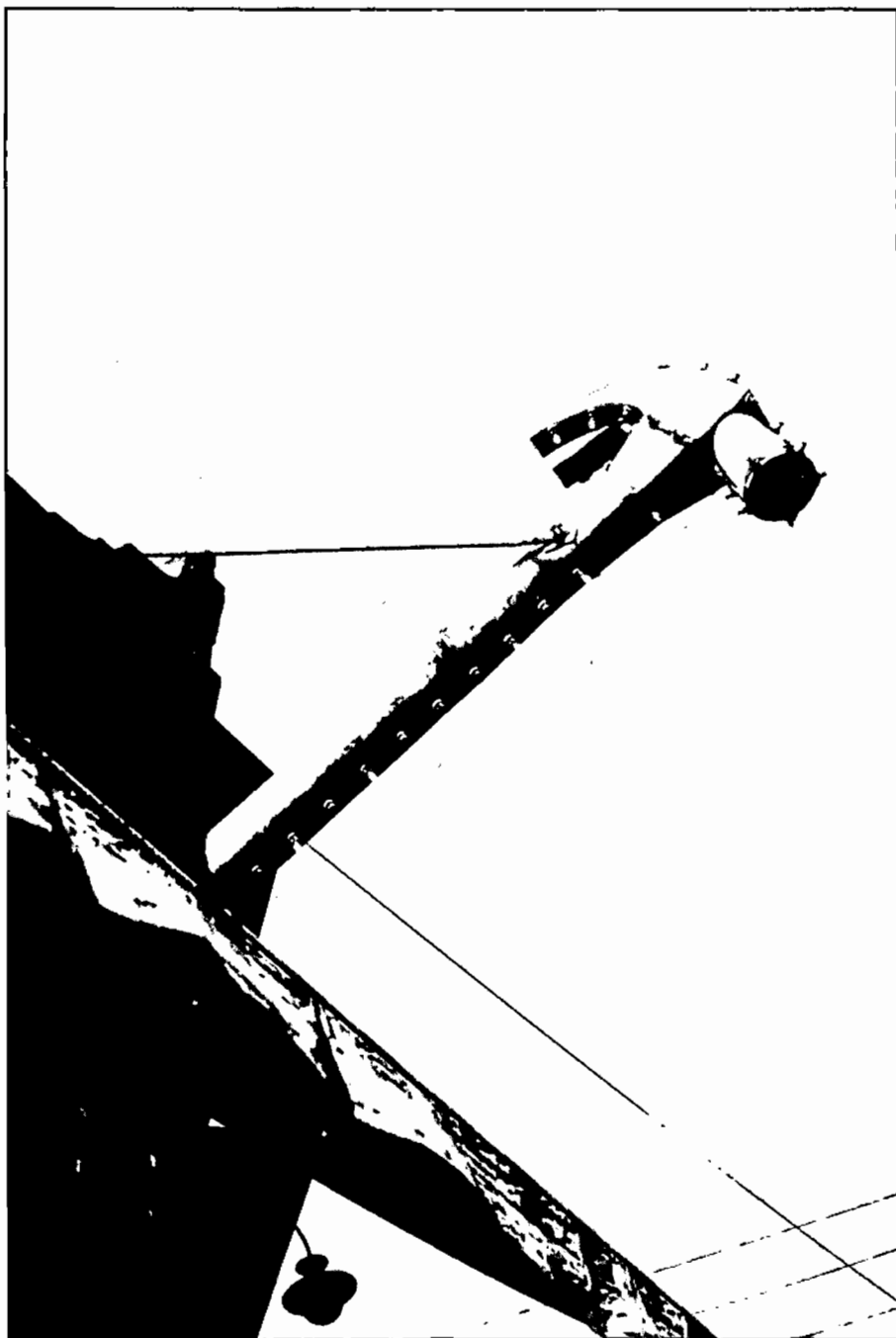
PAOLO
TERESA

Pero era mas bonito que este.

ando a procierno el cielo con las manos pa
 despertar com pte tramente
 s hii medos terrores su red confusa se
 elta
 s seos se pegan como en acote a un espalda
 ia el ams de los ca lendaris 7 caer 17 días
 el mundo como hopy
 da vez: cada vez al urte están las ciudades
 conclura
 tra el tun urojado o verde no me acuerd
 donde los pees un orilla como tijera
 h solo tú aparece, en un espacio en un
 uillo
 el lado de un fotogra ía como la pala Era
 tá enfermo
 stías de tí ponga una familia desventaja
 adiante una calto perteneciente flora
 de un distracción
 tan encorvados tus parientes, tu contra
 quilibrio
 e uires, en una lá quina te se cas, los
 ojos donde estuse
 sta floviendo de repente un puente
 se va a a Erin



Neruda a los 2 años. ¿Temuco? 1906.



Insignia o emblema en el viejo comercio de Temuco. Foto de Pablo Neruda.

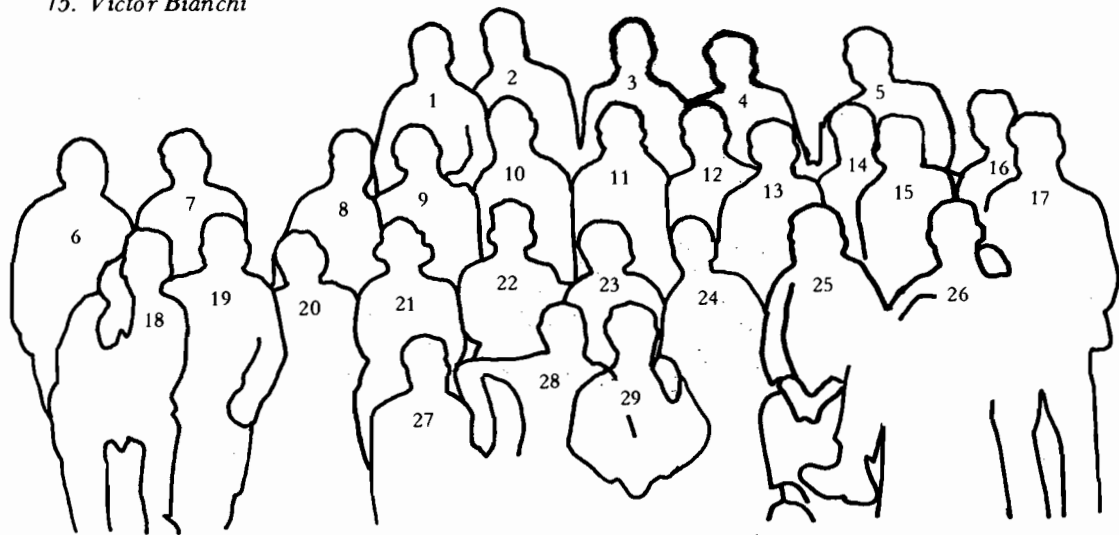






Comida ofrecida al poeta en la Quinta Belga del cerro Navia, en Santiago, por la aparición de sus Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada (1924). En la fotografía aparecen, según datos de J. Sanhueza:

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1. V. Ilabaca | 16. Villanueva (periodista) |
| 2. N. Tapia | 17. Alberto Aracena |
| 3. Armando Luna | 18. Paschín Bustamante |
| 4. Toro Gilbert | 19. Bartholin |
| 5. Hernán del Solar | 20. Rosamel del Valle |
| 6. Homero Arce | 21. Marina Merino de Plaza |
| 7. Prof. Saavedra | 22. Pablo Neruda |
| 8. Vallejos Lama (escritor ecuatoriano) | 23. Berta de Paschín |
| 9. Amílcar Chiurrini | 24. Angel Cruchaga Santa María |
| 10. Tomás Lago | 25. Julio Vásquez Cortés |
| 11. Humberto Díaz Casanueva | 26. Exequiel Plaza |
| 12. Armando Briones | 27. Barraza (librero de Los Andes) |
| 13. Federico Ricci | 28. Orlando Oyarzún |
| 14. Alvaro Hinojosa | 29. Gerardo Seguel |
| 15. Víctor Bianchi | |





Alvaro Hinojosa y Pablo Neruda poco antes de embarcarse rumbo a Oriente (1927).



Neruda en Colombo, Ceylán (1929). Con su mangosta regalona.



En las montañas de Ngamplang, isla de Java (diciembre 1930)

Con una amiguita javanesa en la aldea de Sindanglaja, isla de Java (julio 1931).



Recién casado en Batavia (diciembre 1930)





Bohemia en el «Hércules» (1932). Aparecen en la fotografía, entre otros: Alberto Rojas Jiménez, Tomás Lazo, Orlando Oyarzún y Diego Muñoz.

Neruda y su familia: don José del Carmen, doña Trinidad Candia (la «mamá») y sus hermanos Laura y Rodolfo Reyes Candia (Temuco, 1937).



Neruda y sus hermanos Laura y Rodolfo (Temuco, 1937).



Antes de embarcarse rumbo a México (Valparaíso, 1940).

CANTO A STALINGRADO

Por Pablo NERUDA.

En la noche el labriego duerme, despierta y hunde su mano en las tialeblas preguntando a la aurora: alba, así de mañana, luz del día que viene, dime si aún las masas más puras de los hombres defienden el castillo del honor, dime aurora, si el acero en tu frente rompe su poderío, si el hombre está en su sitio, si el trueno está en su sitio, dime, dice el labriego, si no escucha la tierra como cae la sangre de los enrojecidos héroes, en la grandeza de la noche terrestre, dime si sobre el árbol todavía está el cielo, dime si aún la pólvora suena en Stalingrado.

Y el marinero en medio del mar terrible mira buscando entre las húmedas constelaciones una una, la roja estrella de la ciudad ardiente, y halla en su corazón esa estrella que quema, esa estrella de orgullo quieren tocar sus manos, esa estrella de llanto la construyen sus ojos.

Ciudad, estrella roja, dicen el mar y el hombre, ciudad, cierra tus rayos, cierra tus puertas duras, cierra, ciudad, tu ilustre laurel ensangrentado, y que la noche tiemble con el brillo sombrío de tus ojos detrás de un planeta de espadas.

Y el español recuerda Madrid y dice, hermana: resiste, capital de la gloria, resiste: del suelo se alza toda la sangre derramada de España, y por España se levanta de nuevo, y el español pregunta junto al muro de los fusilamientos, si Stalingrado vive; y hay en la cárcel una cadena de ojos negros que boradan las paredes con tu nombre, y España se sacude con tu sangre y tus muertos, porque tu le tendiste, Stalingrado, el alma cuando España paría héroes como los tuyos.

Ella conoce la soledad, España, como hoy, Stalingrado, tú conoces la tuya. España desgarró la tierra con sus uñas cuando París estaba más bonita que nunca. España desangraba su inmenso árbol de sangre cuando Londres peinaba, como nos cuenta Pedro Gárrias, su césped y sus lagos de cisnes.

Hoy ya conoces eso, recia virgen, hay ya conoces, Rusia, la soledad y el frío. Cuando miles de obuses tu corazón destronan,

cuando los escorpiones con crímenes y veneno, Stalingrado, acuden a morder tus entrañas, Nueva York baila, Londres medita, y yo digo muerte, porque mi corazón no puede más y nuestros corazones no pueden más, no pueden en un mundo que deja morir solos a sus héroes.

¿Los dejáis solos? ¿Ya vendrán por vosotros?

¿Los dejáis solos?

¿Queréis que la vida huya a la tumba, y la sonrisa de los hombres sea borrada por la letrina y el calvario?

¿Por qué no respondéis?

¿Queréis más muertos en el frente del Este hasta que llenen totalmente el cielo vuestro? Pero entonces no os va a quedar sino el infierno. El mundo está cansándose de pequeñas hazañas en que en Madagascar los generales matan con heroísmo cincuenta y cinco monjes.

El mundo está cansado de otobales reuniones presididas aún por un paraguas.

Ciudad, Stalingrado, no podemos llegar a tus murallas, estamos lejos.

Somos los mexicanos, somos los araucanos, somos los patagones, somos los guaraníes, somos los uruguayos, somos los chilenos, somos millones de hombres.

Ya tenemos por suerte deudos en la familia, pero aún no llegamos a defenderte, madre. Ciudad, ciudad de fuego, resiste hasta que un día lleguemos, indios osáfragos, a tocar tus murallas con un beso de hijos que esperaban llegar.

Stalingrado, aún no hay Segundo Frente, pero no caerás aunque el hierro y el fuego te muerdan día y noche.

¡Aunque mueras, no mueras!

Porque los hombres ya no tienen muerte y tienen que seguir luchando desde el sitio en que caen hasta que la victoria no esté sino en tus manos, aunque estén fatigadas y horadadas y muertas, porque otras masas rojas, cuando las vuestras caigan, sembrarán por la tierra los huesos de tus héroes para que tu semilla llene toda la tierra.

Edición por SAUERB y "España Popular"

Este es el afiche que fue pegado en los muros de México durante la batalla de Stalingrado (octubre 1942).



Paul Eluard y Neruda (1951).



Neruda en Europa (1951).



Entrevista con Gabriela Mistral en Italia (1951). A la izquierda Delia del Carril.



Con Matilde Urrutia por las calles de Budapest (1962).



*«También llegué al escarabajo
y le pregunté por la vida».*

Las Manos del Día, 1968.

Foto: Caruso (Montevideo, 1968).



*Durante
su campaña
presidencial
a fines de 1969.*



El Embajador trabajando en su oficina. París, 1972.



Con el Presidente Allende y el senador Volodia Teitelboim. Renuncia a la Embajada en París. Isla Negra, febrero 1973. Foto: Luis Pueller.



Aspecto de la casa de Neruda en Isla Negra. Febrero 1973.

Mesón de la taberna Rojas Giménez en la casa de Isla Negra. Febrero 1973.





Neruda en Isla Negra. Febrero 1973. Foto: Luis Pueller.